

MAUREEN JOHNSON

*Suite
Scarlett*

Traducción:

SONIA FERNÁNDEZ ORDÁS

MAEVA  young

Este libro está dedicado a todos aquellos que alguna vez tuvieron que interpretar a un cadáver en un escenario o en la pantalla. Hace falta ser muy buen actor para mantenerse inmóvil tumbado en el suelo. Seguid estáticos, amigos sin vida.

Acto I

El Hopewell, situado en el Upper East Side, está regentado por la misma familia desde hace setenta y cinco años. Es una joyita de hotel, un esbelto edificio de cinco plantas a la altura de la calle Sesenta, situado a pocas manzanas de Central Park. Inaugurado en 1929, en pleno apogeo del estilo art déco, por uno de los mejores diseñadores de la época, J. Allen Raumenberg, sigue siendo un símbolo del glamour del período de esplendor del jazz en Nueva York. Casi puedes ver señoras ataviadas a la moda de los años veinte recorrer el suelo de espiga del vestíbulo.

Cada habitación tiene un nombre distinto y está decorada con los muebles originales, y aunque el tiempo ha dejado su huella, siguen siendo una maravilla. Cabe destacar la Suite Empire, la última y más espléndida de las creaciones de Raumenberg. El papel de la pared, de un tono azul con reflejos plateados, procede del París de antes de la guerra, y está exquisitamente iluminado por la delicada araña de cristal color ciruela y los apliques de la pared, de color rosado y de una llamativa forma cónica. Los muebles de palo de rosa fueron fabricados en Virginia según las directrices del diseñador, al igual que el tapizado, cosido a mano, en seda color plata y rosa.

La joya de la corona, sin embargo, es el gigantesco espejo circular que cuelga sobre la cómoda, con un pequeño arco

ahumado en la parte superior para que parezca una luna casi llena. Hay algo mágico en esa habitación. Posee un espíritu romántico y una energía que las mejores cadenas hoteleras del mundo jamás serán capaces de evocar.

No deje de empezar cada mañana con el bizcocho de cereza marca de la casa, una taza de irresistible chocolate especiado, y las delicadas galletas de almendra hechas por el magnífico chef y repostero del hotel.

Sin embargo, lo que hace verdaderamente especial al Hopewell es la implicación total en la dirección de la gran familia Martin, propietaria y administradora del hotel. A pesar de que en ocasiones el servicio deje algo que desear, su toque personal marca la diferencia...

De la guía *Lo que hay que ver en Nueva York* (8ª edición).

Una fiesta que podía no haberse celebrado



La mañana del 10 de junio, Scarlett Martin se despertó debido al rap improvisado a todo volumen que atravesaba la fina pared de su dormitorio procedente del cuarto de baño contiguo. Llevaba quince minutos intentando abstraerse de aquel ruido y tratando de integrarlo en su sueño, pero era difícil incorporar la recurrente frase «Yo tengo un cu-cu-culo, tengo un chamizo muy chulo» al sueño, en el que intentaba esconder una camada de conejitos en el cajón de las camisetas.

Parpadeó, dejó escapar un leve quejido y abrió un ojo.

Hacía calor. Mucho calor. El pequeño aparato de aire acondicionado de la Suite Orchid, la habitación que compartía con Lola, su hermana mayor, llevaba años sin funcionar como era debido. Algunas veces la hacía tiritar de frío, y otras, como aquella mañana, lo único que hacía era remover el aire caliente y dar más consistencia a la humedad.

El calor convertía el pelo rubio y rizado de Scarlett en una especie de espeluznante y voluminosa peluca. Con la llegada de junio, lo que en invierno eran unos rizos que le llegaban por debajo de las orejas se transformaban en unos seres enloquecidos y encrespados. Uno de ellos cobraba vida propia y se le metía en un ojo en cuanto lo abría.

Scarlett se sentó en la cama y recorrió el visillo púrpura de la ventana que tenía al lado.

Era bien sabido que casi se podía ver el edificio Chrysler desde el Hotel Hopewell... si no fuera por los edificios que se interponen entre ambos. Pero sí se podía atisbar el interior de las viviendas de los bloques que rodeaban el hotel, y eso siempre resultaba interesante. En una ciudad tan competitiva y con gente tan distinta, las mañanas eran un campo de batalla donde no había distinciones, pues nadie se había arreglado todavía y todos andaban un poco perdidos. Allí estaba la mujer que se cambiaba de ropa cuatro veces cada mañana y ensayaba poses frente al espejo. Dos ventanas más arriba, el tipo obsesivo-compulsivo limpiaba los quemadores de la cocina. Un piso más abajo, el tipo Cualquier Cosa para Desayunar, como su nombre indicaba, desayunaba cualquier cosa. Hoy estaba echando helado derretido en los cereales.

En la azotea del edificio de apartamentos contiguo, una mujer de unos setenta años completamente desnuda leía *The New York Times* mientras, con el mayor cuidado, mantenía la taza de café en equilibrio apretándola entre los muslos. Una visión totalmente inapropiada a aquellas horas de la mañana. Y a cualquier hora del día.

Scarlett se volvió a acostar. El rap se empezó a escuchar con más claridad cuando el ruido del agua de la ducha, con el que se había estado solapando, dejó de oírse. La letra había derivado hacia: «Me he puesto los zapatos, tráeme un taco...».

–¡Avísame cuando acabes! –gritó a la pared–. ¡Y cállate ya!

La respuesta fue un alegre repiqueteo en la pared. El rap continuó, pero un poco más bajo.

Scarlett estaba a punto de volverse a dormir cuando la puerta de su habitación se abrió de repente y su hermano Spencer entró de un salto con aires triunfales y los brazos levantados como si acabase de ganar una maratón. Tenía el pelo de punta tras habérselo frotado con la toalla, y sus ojos castaños emitían un destello de entusiasmo.

–¡Ya... he... terminado! –anunció.

Spencer rara vez podía levantarse más tarde de las cinco de la mañana debido a su trabajo en el turno de desayunos del Waldorf Astoria. Scarlett, que se levantaba a la hora de una persona normal, nunca lo veía con su uniforme de trabajo: los pantalones negros y la camisa blanca almidonada que alargaban aún más su, ya de por sí, estilizada silueta. Allí, de pie junto a su cama, con el pelo todavía húmedo goteando sobre ella, parecía que medía tres metros y que estaba peligrosamente despierto. Más de cuatro horas de sueño eran para él algo excesivo.

–Despierta, despierta –le dijo a Scarlett mientras le daba un golpecito suave en la coronilla cada vez que repetía aquella palabra–. Despierta, despierta, despierta, despierta, despierta... ¿Molesto? Sí parece que molesto, pero tú eres la única que puede confirmarlo.

–Acabo de ver a la Dama Desnuda en la azotea –se quejó Scarlett mientras golpeaba la mano de Spencer e intentaba protegerse con la sábana–. Bastante alterada estoy ya. No me martirices más.

Spencer la dejó en paz y se acercó a la ventana. Echó una mirada al exterior mientras se abrochaba los puños de la camisa con expresión pensativa.

–No sé si te has fijado con qué está sujetando la taza –dijo–, pero, la verdad, me preocupa que se pueda quemar el...

Scarlett soltó un grito y se dio la vuelta en la cama al tiempo que hundía la cabeza en la almohada. Cuando volvió a levantarla, su hermano estaba apoyado en el escritorio y se hacía, sin apretar demasiado, el nudo de la corbata.

–He cambiado el turno para poder estar aquí esta mañana. Así que me va a tocar recibir a los clientes a la hora de comer, lo cual es aburridísimo. ¿Te das cuenta de todo lo que soy capaz de hacer por ti? ¿Soy o no soy tu hermano favorito?

–El favorito y el único.

–Cómo me emocionan tus palabras. Venga, ahora espabila. –Antes de salir de la habitación, sacudió el pie de Scarlett, cubierto por la sábana–. No nos van a servir los gofres hasta que te levantes, así que ¡levántate! ¡Levántate! ¡Levántate, hermana! ¡Levántate, levántate! –repitió una y otra vez con voz chillona mientras se alejaba por el pasillo.

Scarlett se levantó, cogió su neceser y se acercó a la puerta. Los bajos del pantalón de su pijama a rayas azules y blancas se le metían debajo de los pies, se enganchaban en los talones y hacían que se tambaleara. En el pasillo de la quinta planta el calor era aún más sofocante, pues ni siquiera disponía de un aparato de aire acondicionado.

En cuanto salió de su dormitorio, Scarlett tuvo el segundo encuentro fraternal de la mañana. Su hermana pequeña, Marlene, también acababa de salir al pasillo como respuesta al reclamo del gofre. Marlene dirigió su vista hacia Scarlett y la miró entornando esos ojos color

avellana que a menudo adquirirían un inquietante tono dorado. En el cuarto de baño solo había sitio para una. Scarlett estaba a punto de abrir la boca para empezar a negociar cuando Marlene echó a correr hacia el baño, entró y cerró de un portazo. Scarlett oyó el leve chasquido del pestillo y una única y aguda carcajada de triunfo, bastante similar al graznido de un ganso canadiense enfadado.

Eran las 8:03 de la mañana. Y aquel día Scarlett cumplía quince años.

A las 8:15, sin ducharse y con el rizo rebelde empeñado en seguir metiéndosele en el ojo, Scarlett entró en el ascensor *art déco*. Corrió la reja tras cerrar las puertas exteriores, y el ascensor emprendió su increíblemente lento descenso. Scarlett se apoyó en los enormes rayos de sol plateados de la pared interior, uno de los detalles favoritos de J. Allen Raumenberg (y de Scarlett). El ascensor se detuvo solo una vez para recoger a uno de los cuatro huéspedes que se alojaban en el hotel en aquel momento, el señor Hamoto, que no hablaba una palabra de inglés.

Todos los huéspedes eran japoneses y pertenecían a la misma empresa. El señor Hamoto hizo una leve inclinación de cabeza, pero parecía algo agobiado. Mantuvo la mirada fija en la puerta, con gesto impaciente, mientras el ascensor proseguía entre chirridos su descenso hacia la planta baja; luego estuvo a punto de rebanarse un dedo al intentar abrir la reja exterior. Scarlett tuvo que adelantarse con cortesía para soltar el pestillo. Si no conocías el truco, te podías pasar un buen rato encerrado.

Atravesó el vestíbulo vacío y abrió la puerta corredera del comedor. Era la estancia más grande del Hopewell: constituía un ala del edificio en sí misma, con su techo alto y una docena de ventanas largas y estrechas que daban a la calle y al inmueble de al lado. Cincuenta años atrás, aquel comedor estaba abarrotado todas las mañanas con huéspedes que disfrutaban de un desayuno abundante presentado en elegantes platos de porcelana fina y servido con cubiertos y cafeteras de plata grabados con el anagrama «HH». Hacía tiempo que la porcelana se había deteriorado y la habían tenido que retirar. Un camarero trastornado por las drogas había robado la plata en los años setenta. El suelo estaba alabeado, las sillas ya no eran todas iguales y a la gran araña del techo le faltaban varias piezas.

Pero seguía siendo una sala alegre. Había sido diseñada de modo que se sacara el mejor partido a cada momento del día. Por la tarde entraba la brisa. Al caer el sol, los paneles biselados de las ventanas se apoderaban de los últimos rayos y su refracción mostraba mil colores distintos. En las mañanas soleadas como aquella se inundaba de luz. En el rincón más iluminado se habían juntado cuatro mesas para formar una gran mesa familiar. Había globos atados a los respaldos de las sillas y del techo colgaban serpentinas azules y amarillas que formaban una colorida carpa. Scarlett reconoció las serpentinas y los globos de la fiesta de graduación de Lola que habían celebrado cuatro días antes. Alguien se había tomado el trabajo de volver a decorarla de la misma manera.

Spencer ya estaba sentado a la mesa, tenedor en mano.

—Lo he hecho yo —dijo mientras señalaba una de las servilletas de hilo. Estaban dobladas en forma de cono y cada una de ellas envolvía un tulipán amarillo.

–Mentira –dijo Marlene con tono agrio, detrás de Scarlett–. Lo hizo Lola.

Pero eso ya lo sabía Scarlett: reconocía la mano de Lola en todo aquello. Spencer lo había dicho de broma, pero las bromas no eran el punto fuerte de Marlene.

–Ven. –Spencer señaló la silla que había a su lado–. Siéntese vuesa merced a mi lado, para que yo pueda escoger el mejor gofre después del vuestro.

Cada vez que se celebraba un cumpleaños, los desayunos de la familia Martin seguían una estricta tradición. Primero había gofres, hechos por Belinda, la reconocida cocinera del Hopewell. Se servían con una gran variedad de acompañamientos: sirope de chocolate, crema de limón recién hecha, mermelada de fresa y azúcar aromatizado con vainilla. El aire debería estar perfumado con aroma de gofre. Sin embargo, se percibía un extraño olor acre, atemperado con un leve toque ahumado.

Scarlett miró a Spencer, y este alzó las cejas al devolverle la mirada. También había percibido el olor.

–Algo va mal –dijo.

Se abrió la puerta de la cocina y en su umbral apareció Lola. Iba impecablemente vestida con su «uniforme de belleza», que consistía en unos pantalones pitillo negros, camiseta negra ajustada y zapatos de medio tacón. Llevaba su espesa y lisa melena de color rubio platino recogida en un moño.

Lola siempre estaba guapa. Era una de las leyes universales de Scarlett. Como Spencer, era más alta y más delgada que la media. Tenía los ojos pequeños y sagaces y los labios finos, ambos rasgos cargados de expresividad. A todo el mundo le parecía preciosa, de una hermosura delicada, como si se fuera a romper de un momento a

otro. Los pintores desearían plasmar su belleza en un lienzo. Los médicos desearían hacerle una transfusión de sangre. Así era el atractivo de Lola.

–¡Felicidades! –exclamó con una sonrisa–. Esto está muy, muy caliente. Esperad un poco antes de tocarlo.

Colocó sobre la mesa una jarra de sirope de chocolate envuelta en un paño. El sirope, por lo general servido en un recipiente pegajoso lleno de un chocolate líquido impecable, parecía más bien un neumático derretido sobre un montón de mantequilla. Antes de que Scarlett tuviera tiempo de preguntar por qué iban a desayunar un guiso de neumático con mantequilla, entró su padre a toda velocidad con un plato lleno de gofres.

Su padre era el que solía vestir de manera más informal. Le encantaba una tienda de ropa de segunda mano del Village donde solían comprar los estudiantes de la Universidad de Nueva York, así que su guardarropa se componía de un montón de camisetas y sudaderas con capucha, vaqueros gastados y unos zapatos increíblemente extravagantes –esa mañana llevaba una camiseta muy raída que decía: «Soy el señor piña»–. A veces la gente pensaba que era un primo o un hermano suyo, mayor y más rubio. A los huéspedes rara vez se les pasaba por la cabeza que aquel hombre pudiera tener algún cargo de responsabilidad en el hotel, y mucho menos que se tratara de su propietario.

–Hoy no está Belinda –dijo mientras dejaba sobre la mesa un plato de gofres aplastados y medio crudos, coronados por otros que se habían chamuscado–. Hemos intentado hacerlo lo mejor posible.

La verdad es que aquello era una decepción. Los desayunos de cumpleaños eran sagrados, pero Scarlett no

iba a ponerse a protestar. Sin embargo, Marlene estaba más que dispuesta a hacerlo.

–Eso no hay quien se lo coma –dijo.

–No están tan mal –mintió su padre al tiempo que rebuscaba entre los gofres–. Este tiene buena pinta.

Encontró uno en medio del montón que, por puro azar, parecía haber pasado en la sartén el tiempo justo. Lo pinchó con el tenedor y lo posó en el plato de Marlene. Como de costumbre, Marlene era el centro de atención, incluso el día del cumpleaños de Scarlett.

Lola jugueteaba nerviosa con el sirope, aunque era una de las personas menos nerviosas que Scarlett había visto en su vida. Spencer le dirigió a Scarlett una larga mirada de reojo. Algo iba muy, muy mal.

Inmediatamente después entró su madre con una bandeja que contenía el resto del desayuno. Su madre tenía un vago aire francés: tez pálida, pelo y ojos oscuros, estilo y una elegancia natural –atributos que pasaron a Lola cuando se hizo el reparto de la herencia–. Como Scarlett, tenía una espesa cabellera rizada, pero a diferencia de su hija, sus rizos no parecían haber sido moldeados en el espacio, donde la gravedad no existe.

Sin embargo, sus habilidades culinarias no eran demasiado francesas. Estaba claro que la nata montada había salido de un molde del congelador –de hecho, aún conservaba la forma del molde y en su superficie se veían brillar cristalitas de hielo–. Las fresas estaban verdes y mal cortadas, en lugar de tener una presentación cálida, densa y similar a un guiso, que es lo que hacía que el corazón de Scarlett latiese desbocado. El azúcar estaba sacado directamente de un azucarero, sin aromatizar y sin canela.

–Ya lo habéis oído, creo –dijo mientras le daba a Scarlett un abrazo por su cumpleaños–. Hemos intentado hacerlo lo mejor posible. Espero que esté bueno. Y después..., ¡los regalos!

No había más remedio que aceptar la situación con dignidad, así que Scarlett sonrió y le dio las gracias a todos. Entre los gofres quemados y los poco hechos, optó por estos últimos, y le sirvieron un cosa blanducha y con cierta apariencia de gofre. Spencer se sirvió tres de los chamuscados. Lola, una cucharada de fresas. Su padre intentó aguantar el tipo y comerse un plato de cualquier cosa que quedara, pero su madre se limitó a revolver el café en la taza, inquieta. La parte del desayuno que dedicaron a comer –por lo general, la más larga y festiva– terminó con inusual rapidez y un montón de comida intacta.

–¡Ha llegado el momento de los regalos! –anunció su padre.

Los cumpleaños eran probablemente los eventos mejor organizados y más protocolarios que realizaban los Martin. La entrega de regalos se ajustaba siempre al mismo patrón: primero los hermanos, de mayor a menor. Después los padres entregaban el suyo. Sin embargo, ese año era especial, y Scarlett sabía perfectamente lo que le iban a regalar.

Spencer le tendió un sobre medio doblado que tenía oculto tras él.

–Sé lo que te gusta –le dijo–. Feliz cumpleaños.

Dentro había un documento escrito a mano, un vale para que él le diera una vuelta a caballo por Central Park. Como Spencer nunca tenía un céntimo, tampoco tenía demasiadas posibilidades de regalarle nada que implicase

algo más que trabajo manual. Además, era lo más parecido a un poni que iba a ser capaz de conseguir.

La siguiente fue Lola. Le entregó una caja a rayas marrones y blancas de Henri Bendel, que era donde trabajaba. Por lo tanto, era muy fácil adivinar que el regalo procedía de aquel lugar (no era solo una bonita caja con cualquier chorrada dentro). Spencer y sus padres prorrumpieron a coro en exclamaciones de «aaahs» y «ooohs». Dentro había tres objetos muy pequeños, cada uno de ellos envuelto en papel grueso y duro, difícil de romper. El primer objeto era un frasquito diminuto lleno de una especie de líquido azul que Lola aseguró que «equilibraría» su piel, lo cual seguramente era algo bueno, aunque no tenía ni idea de lo que significaba. El segundo era un misterioso tubo blanco que prometía conseguir un equilibrio aún mayor. El último tenía una forma característica: una caja pequeña y rectangular. Una barra de labios.

–Es de Chanel –anunció Lola, aunque Scarlett ya había visto la palabra *Chanel* impresa con toda claridad en uno de sus lados. El pintalabios que contenía era de un tono rojo intenso. Tenía aspecto de haber sido usado. La punta estaba ligeramente achatada. Pero aun así era un buen regalo. Lola siempre elegía las cosas con mucho cuidado, y aunque Scarlett no terminara de encontrarles sentido, sin duda eran regalos «apropiados».

–Creo que ese tono te va muy bien –dijo Lola–. Puedes permitirte llevar un color fuerte.

El siguiente regalo era el de Marlene, que estaba picoteando su gofre con expresión de hastío. Era un vale para un helado gratis en una tienda que había a unas manzanas de distancia. En un primer momento, Scarlett se

quedó muda de asombro. Marlene siempre solía tener cosas de esas, pero nunca las compartía. Pero luego Scarlett se dio cuenta de que estaba caducado. Aquello ya le cuadraba más.

Y llegó el momento del regalo que todos esperaban. Había una caja encima de la mesa que fue pasando de mano en mano hasta Scarlett. Ella ya sabía lo que había dentro, pero no por ello sentía menos ilusión. Estaba envuelto en varias capas de plástico y cartón protector, pero por fin lo vio, pequeño y plateado.

–Espero que sea el que querías –dijo su padre.

Lo era. Era la única persona de su instituto que no tenía un teléfono móvil. Literalmente. Asintió feliz. Qué alegría poder ser como el resto del planeta.

–Y aquí está la segunda parte –dijo su madre–, para continuar la tradición...

Hizo circular un pequeño joyero desde el otro extremo de la mesa. Con un estuche como aquel, la mayoría de la gente habría esperado una gargantilla o una pulsera, pero Scarlett sabía que su contenido era otro.

Cuando llegó a sus manos, abrió la cajita con un leve chirrido para descubrir un llavero del que colgaban una ese plateada y una sola llave. Una pequeña tarjetita, del tamaño de una galleta de la suerte china, descansaba en el fondo. Ponía: «Suite Empire».

–Ahora es tuya –dijo su padre–. Cuídala bien.

Al cumplir los quince años, a cada uno de los Martin se le asignaba una habitación del hotel de la que debía responsabilizarse. No era una tradición muy antigua; había empezado con Spencer hacía cuatro años. Le habían dado la sencilla pero funcional Suite Sterling. Lola tenía la pequeña pero coqueta Suite Metro. La Suite Empire

era algo completamente distinto: la pieza estrella y la más cara de las veintiuna habitaciones del hotel. Casi nunca se ocupaba, excepto para acoger de vez en cuando a una pareja de luna de miel o a algún ejecutivo que no había podido conseguir una habitación en el Waldorf.

Así que una de dos: o aquel gesto era todo un honor, o significaba: «En realidad no queremos que te ocupes de ningún huésped».

Antes de que Scarlett tuviese tiempo de reaccionar, su madre ya se había levantado y estaba recogiendo las mustias sobras del desayuno. Spencer seguía engullendo golfres carbonizados cuando su plato desapareció.

–Bueno, vamos a hablar de algunas de las nuevas rutinas de limpieza –anunció su padre–. Marlene, si quieres irte...

Marlene solo habría salido más deprisa del comedor si hubiera tenido un motor incorporado. Scarlett comprendió al instante que lo que estaba a punto de suceder no tenía nada que ver con la limpieza. Pero aquel era el único tema de conversación que conseguía poner en fuga a Marlene.

–Tenemos que hablar –dijo su padre mientras atrancaba la puerta del comedor.

Hundo, hundía, hundido



Nacer y vivir en un pequeño hotel del centro de Nueva York puede parecer maravilloso. Hay muchas cosas que parecen divertidas hasta que te paras a pensar en ellas. Si vivieras en un crucero, por ejemplo, tendrías que bailar «La Macarena» todas las noches. Piénsalo por un momento.

En Nueva York siempre hay turistas. En otoño y en invierno entran en manadas por los túneles, montados en cómodos y enormes autocares. Entre el día de Acción de Gracias y Año Nuevo, la población de la ciudad parece que se duplica. No hay mesas en los restaurantes, no hay asientos en el metro, no hay sitio en las aceras, no hay camas en los hoteles.

Pero al llegar el verano casi no hay turistas. La ciudad se convierte en un horno, en el metro hace un calor insostenible, se gestan tormentas de proporciones épicas, las tiendas ponen rebajas para deshacerse de la mercancía no deseada, los teatros cierran. Incluso muchos de los habitantes se van de la ciudad. Desde luego, eso habían hecho casi todos los amigos de Scarlett. Dakota estaba en Francia en un curso de inmersión lingüística; Tabitha se había ido a trabajar como voluntaria a Brasil en algo relativo al medio ambiente; Chloe daba clases de tenis en

un campamento en Vermont; Hunter estaba ayudando a su padre en un festival de cine en San Diego; Mira se había marchado a la India a limpiar templos con sus abuelos; Josh estaba haciendo un «curso de verano» en Inglaterra sobre el que no dijo nada más.

Todos ellos estaban fuera de la ciudad, engordando sus currículos con miras a solicitar plaza en una universidad. Hasta Rachel, que era la única persona que conocía que también tenía que trabajar, lo hacía como repartidora de una tienda de *delicatessen* en una playa de los Hamptons. Se habían ido para formarse, para convertirse en los aspirantes perfectos.

Solo Scarlett se había quedado en la ciudad en verano, sin hacer nada para mejorar. No era por pereza ni por falta de capacidad; lo que le sobraban eran precisamente las ganas y aptitudes. Se trataba de una cuestión puramente económica. Los hoteles ganan dinero, pero también tienen unos gastos tremendos. Especialmente los hoteles que permanecen vacíos la mayor parte del tiempo y tienen una decoración frágil y unas tuberías del año 1929.

Esa era en parte la razón por la cual Scarlett sabía que aquel «tenemos que hablar» no iba a terminar en una charla sobre irse de viaje a París o traerse un koala vivo para ponerlo en el vestíbulo y recibir a los huéspedes con un abrazo.

–Scarlett –dijo su padre al tiempo que se apoyaba en el respaldo de la silla–, ya tienes edad suficiente como para participar en este tipo de conversaciones. De verdad que lamento que tengamos que hacerlo precisamente hoy, pero... no tenemos opción.

Scarlett miró nerviosa a Spencer, y este le dio un golpecito con el pie para tranquilizarla. Sin embargo, su

expresión distaba mucho de parecer relajada. Movía la mandíbula de un lado a otro y no hacía más que hinchar sus carrillos para después dejar escapar el aire con un bufido.

–Como habéis podido suponer –continuó su madre mientras su mirada se fijaba en Scarlett antes de dirigirse al resto–, las cosas se han puesto un poco difíciles últimamente. No es que Belinda no haya venido a trabajar hoy. Hemos tenido que despedirla.

Scarlett se quedó demasiado conmocionada como para abrir la boca, pero Spencer soltó un gruñido en voz baja. Belinda era el último miembro que quedaba del personal de toda la vida. Los demás se habían ido marchando en el transcurso de los dos últimos años. Marco, que se ocupaba de todas las instalaciones y del mantenimiento; Debbie y Monique, las limpiadoras; Angelica, la recepcionista a tiempo parcial. Y ahora Belinda..., el último gran reclamo del hotel. La del chocolate especiado y el bizcocho de cerezas que volvían loco a todo el mundo.

–Saldremos adelante –aseguró su padre–, como siempre hemos hecho. Pero debemos ponernos muy serios respecto a unas cuantas cosas. Vamos a tener que contar con todos vosotros. Lola, como ya sabéis, se ha tomado un año libre para trabajar en Bendel y para ayudarnos aquí, sobre todo con Marlene. Y le estamos muy agradecidos.

Lola inclinó la cabeza, en un gesto de modestia.

–Scarlett –la voz de su padre adquirió un tono más nervioso–, tenemos que pedirte un gran favor. Sabemos que tu plan era buscar un trabajo para el verano...

No era simplemente un plan; era una necesidad desesperada. Un trabajo significaba dinero para comprarse

ropa, para ir al cine, básicamente para todo lo que suponía algo más que comer y comprar el abono del metro. Era el dinero que todos los demás alumnos del instituto recibían en forma de tarjeta de crédito.

–... pero vamos a necesitar que nos dediques algo de tiempo. Probablemente mucho tiempo... Atendiendo la recepción, contestando al teléfono, limpiando. Cosas así. Intentaremos subirte un poco la paga cuando comience el curso para compensarte.

No parecía que aquello admitiera discusión. La realidad del día a día sin Belinda, sin ningún empleado, era ciertamente cruel.

–Parece que no tengo demasiada elección –repuso.

Lola y Spencer la miraron con expresión compasiva. Pero la reunión ni mucho menos había llegado a su fin. Todos se volvieron hacia Spencer. Desinfló los mofletes por completo y adoptó la expresión más inocente que una cara con las mejillas hundidas pueda tener.

–Spencer –comenzó lentamente su madre–, el año pasado, cuando acabaste el instituto, hicimos un trato. Tenías un año para organizar tu vida. Un año para conseguir un trabajo remunerado en la televisión, en una película, en anuncios o en Broadway. Algo donde te pagaran.

–Me han devuelto más llamadas que a toda la gente que conozco –dijo Spencer–. Es un mundillo difícil.

–Y estamos orgullosos de ti –respondió ella–. Sabemos lo bueno que eres. Pero el plazo termina dentro de tres días. Prometiste que si no conseguías un trabajo como actor aceptarías la oferta de la Academia de Gastronomía. Has tenido un año de prórroga, pero, para poder obtener la beca, tienes que aceptarla dentro del plazo acordado.

–Tres días –repitió Spencer; exhaló el aire con lentitud.

Se produjo un tenso silencio, durante el cual los vapores de los gofres se hicieron algo más densos.

–Y después de haberos soltado todo esto –dijo su madre, con un evidente sentimiento de culpabilidad–, nosotros nos vamos a limpiar la cocina y vosotros podéis quedaros aquí para comentarlo. Necesitábamos decíroslo, y este era el único momento en que podíamos hacerlo. Y Scarlett, ya hablaremos mañana para concretar. Disfruta del día.

–¿Disfruta del día? –repitió Scarlett después de que se fueran.

–Sí –dijo Spencer mientras sacudía la cabeza–. Mal final. Muy malo. Carente de estilo. Realmente lamentable, la verdad. De hecho, creo que es lo más penoso que he visto en mi vida, y todo concentrado en diez minutos. No cabe más.

Scarlett se fijó en un coche que se había detenido delante del edificio. No podía verlo con demasiada claridad a aquella distancia, y a través de la ventana, pero sabía quién iba dentro. Y, por lo visto, Spencer también.

–Bueno, quizá me equivoque... –comentó al ver el coche.

–Tengo que irme –dijo Lola como si estuviese disculpándose–. No tenía ni idea de... todo esto..., hasta esta mañana cuando bajé a decorar el comedor. Tengo que ir a un desayuno con Chip antes de entrar a trabajar.

Spencer examinó el contenido de la jarra del sirope, ahora frío y viscoso; metió el dedo y lo sacó cubierto de una costra de aquella sustancia espesa. Por un momento sopesó si llevárselo a la boca, pero decidió no hacerlo y se limpió aquella materia que tenía la consistencia del alquitrán con el cuchillo de la mantequilla.

–¿A un desayuno? –preguntó con voz suave–. ¿Es que no acabas de desayunar?

–Es por el cumpleaños del socio de su padre –respondió Lola–. Van a servir un desayuno informal en el club y luego van a salir a navegar. Yo no voy a comer nada; solo tengo que hacer acto de presencia antes de ir a trabajar.

Spencer no había conseguido perdonar del todo a Lola por salir con Chip, subdelegado de clase de segundo de bachillerato en el colegio Durban y puesto 98 de la lista de Gothamfrat.com de «Los cien alumnos de bachillerato de Nueva York con más interés por la cultura actual». Spencer se regodeaba en el hecho de que no hubiese alcanzado una posición más alta, sobre todo si se tenía en cuenta que quien confeccionó la lista pertenecía al colegio Durban. Desde entonces, se había quedado con el sobrenombre de «Noventa y Ocho».

–Es fundamental no llegar tarde al club –dijo Spencer–. Es fundamental no dar que hablar. Saluda a Noventa y Ocho y dale un beso de mi parte.

Lola ignoró la pulla de su hermano y se limitó a colocar los cubiertos usados encima de su plato.

–Hoy hay sesiones de maquillaje gratis en la tienda –prosiguió–. Va a ser horrible, todas las turistas estarán allí. Intentaré volver lo antes posible, y entonces hablaremos. Y, Scarlett..., feliz cumpleaños. Todo va a salir bien.

Se fue a toda prisa, intentando que sus tacones apenas hiciesen ruido sobre el suelo de madera. Cerró la puerta corredera tras de sí con suavidad y dejó solos a Scarlett y a Spencer con los restos de la fiesta. Él se puso en pie y observó a Chip, que saludaba a Lola desde el coche.

–No lo entiendo –dijo–. Ella ni siquiera sonrío cuando está a su lado. Cuando yo salía con una chica se me veía más feliz, ¿no?

A Spencer nunca le había faltado compañía en el instituto, siempre había tenido mucho éxito con las chicas. Pero todo aquello se había terminado a lo largo de aquel año, junto a sus perspectivas de encontrar trabajo.

–He mostrado yo más pasión por una farola de atrezo, de verdad –insistió.

–Estabas haciendo *Bailando bajo la lluvia* –le recordó Scarlett.

–Pero no por ello fue menos real. Lo peor fue... que la farola no se molestó en llamarme al día siguiente.

Scarlett ni siquiera pudo sonreír. Es más: alcanzó un globo, apretó la cara contra él y se hundió en un mundo elástico pintado de un alegre color amarillo. Le dio unos golpecitos con la barbilla y después lo dejó caer al suelo, donde inmediatamente estalló al rozar una astilla que sobresalía. En resumidas cuentas, así iba a ser su verano. Bum.

–Necesitaba un trabajo –dijo–. Todos mis compañeros de clase tienen dinero para sus gastos. Pero ahora voy a estar aquí todos los días, ocupándome de la colada y aguantando miradas asesinas de Marlene.

Spencer dejó de espiar a la pareja y se volvió. Sentía demasiado respeto por su hermana como para no reconocer que tenía razón.

–Siento que tu cumpleaños haya salido así –dijo–, pero todos los trabajos son un rollo. Y este es un rollo de trabajo en el que al menos no tienes que madrugar para irte a otro sitio. Y, además, no te pueden despedir.

–Supongo –respondió con aire sombrío–. Pero ¿y tú? Solo te quedan tres días.

–Ya... Haré algo. Voy a llamar a todas las personas que conozco en el mundo. Quizá haya algo por ahí..., quizá salga algo.

Scarlett se hundió aún más en la silla y se quedó con la mirada fija en la lámpara del techo. Desde aquel ángulo podía ver la tupida membrana de telarañas que parecían sujetar sus brazos.

–Escucha –dijo Spencer mientras se apartaba de la ventana–, todo va a...

Justo cuando se movió, pareció tropezar con algo. Dio un tremendo traspie y voló por los aires antes de aterrizar de narices en el suelo con un ruido sordo y aparatoso. Aunque llevaba toda la vida repitiendo aquel truco, con Scarlett siempre daba resultado. El ruido aparatoso era el de su mano al golpear el suelo sin que se viera. Scarlett se echó a reír a carcajadas a pesar de las pocas ganas que tenía.

–Solo te estaba poniendo a prueba –dijo mientras la miraba desde el suelo–. Estaba empezando a preocuparme y a pensar que se te iba a quedar la cara así para siempre.

Alargó la mano hacia la mesita auxiliar para incorporarse, después dio una sacudida y a punto estuvo de volver a caer. Durante un segundo, Scarlett creyó que se trataba de otra broma. Pero luego vio que no, que la pata de la mesa había cedido. Spencer logró agarrarla justo antes de que volcara y volvió a ponerla en su sitio con un golpetazo.

–Pase lo que pase –dijo–, prométeme una cosa. Pase lo que pase aquí, por muy mal de dinero que estemos, prométeme que tú nunca harás eso.

Señaló al lugar donde había estado el Mercedes, que ya se había ido hacía un rato.

–¿Subirme al coche de Chip? –preguntó Scarlett.

–Salir con una cuenta corriente en lugar de hacerlo con una persona –la corrigió–. O con alguien que me caiga mal.

Miró su reloj, sujeto con cinta adhesiva.

–Yo también tengo que irme –anunció mientras recogía su mochila de debajo de su silla–. Hablamos luego. No te preocupes. Ya encontraremos alguna solución.

Le revolvió los rizos al pasar junto a ella. Era la única persona a quien le permitía hacerlo.

Scarlett cogió la llave de la Suite Empire de encima de la mesa. Acababa de cumplir quince años. No tenía trabajo. No tenía perspectivas de tenerlo. No tenía ningún plan que la ilusionara o le cambiara la vida. Solo tenía una habitación vacía, unos cuantos globos que habían sobrado de una celebración anterior y un puñado de personas que le decían que todo iba a salir bien y que era obvio que estaban mintiendo.

–Necesito un plan –se dijo–. Algo tiene que salir bien. ¿Qué voy a hacer?

La llave no respondió, por lo general las llaves no suelen hablar. Y probablemente aquello fue lo mejor, porque si hubiese contestado, los problemas de Scarlett habrían alcanzado un nivel más alto de complejidad.

Y no era eso lo que necesitaba.